

Margarita Peña

Dar luz al mito, o la
verdad detrás de las
palabras

Raúl Dorra, *Profeta sin honra.*
Memoria y olvido
en las narraciones evangélicas.
Benemérita Universidad Autónoma
de Puebla/Siglo XXI Eds.
México, 1994, 267 pp.

EMPIEZO ESTE TEXTO afirmando algo que quizás debiera decirse al final, como colofón o remate. Lo planteo desde un principio porque se me reveló desde las primeras páginas, como un prometedor anticipo. Y esto es la certeza de que el libro de Raúl Dorra *Profeta sin honra* viene a ser una obra inusitada no sólo en nuestro contexto de investigación de la literatura o de la lengua, sino en un entorno más amplio que abarcaría lo que en México se hace en el campo específicamente literario y en el terreno dilatado de la filosofía o de la historia de las religiones. Porque una aproximación al fenómeno histórico llamado "Jesús" desde la perspec-

tiva del Nuevo Testamento; una reflexión empecinada y apasionada desde la atalaya de los evangelios que da por resultado un trabajo revelador y lúcido, cuidadosamente documentado y, por ello, sólido, no es un caso frecuente en el ámbito académico, intelectual o periodístico. Será seguramente por ello que las fuentes bibliográficas que se citan a pie de página remiten a estudiosos franceses, alemanes, sajones y a uno que otro español como Manuel Asensio, quien heterodoxamente ha recompuesto la vida de Jesús haciéndolo casado con la Magdalena, padre de Juan Marcos y al que, por lo demás, Raúl Dorra no concede mucho crédito, brillando por su ausencia las plumas (o los cerebros) latinoamericanas. Los alemanes C. H. Weisse, C. G. Wilke, Strauss, Rudolph Bultmann y otros como Geza Vermes y Etan Levine establecen el contrapunto con la brillante y prolífica escuela francesa de exégesis bíblica encabezada por Ernest Renan con su *Vida de Jesús* que encontrará su continuación, en el multicitado a lo largo del libro, Charles Guignebert; en Beda Rigaux, Etienne Charpentier y Michel Gourgues; Benoit, Boismard y Malillos —del Instituto Bíblico de Jerusalén— y hasta en Simone Weil, judía-francesa “atrapada en la metafísica” antes de que los nazis la enviaran a un campo de concentración, y a quien Raúl Dorra cita en alguna parte junto con Jorge Luis Borges, quien también tuvo intuiciones mítico-religiosas. La familiaridad con los autores franceses se explica por la asistencia a la cátedra de Orígenes del Cristianismo en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París, en donde Raúl Dorra pudo haber recibido —hacia 1985 ó 1987— el toque de la gracia, inspiración, o la idea simplemente de escribir este libro.

Una metáfora, “árbol de raíz desconocida”, sirve a Dorra para calificar a los evangelios, en el primer capítulo del libro. Hurgando en un pasado remotísimo, establece la existencia probable (estamos en el ámbito de las conjeturas y las especulaciones) de un “evangelio oral que precedió a las versiones escritas del men-

saje” (p. 24), una palabra que proviene, según el obispo frigio Papías, no de los libros, sino de “una voz viva y durable”. Es esta tradición oral la que, junto con los testimonios escritos, nutrirá a los primeros Padres de la Iglesia. Tradición oral que dará lugar, asimismo, a una parafernalia noticiosa la cual formará el humus en el que se sedimentan los evangelios, a saber, “episodios de la ‘vida oculta’ del maestro, relatos de milagros no registrados por la escritura canónica, episodios de la vida de María y de sus padres, revelaciones concernientes a la identidad de personajes como los Reyes Magos, o los ladrones crucificados junto a Jesús, o José de Arimatea . . .” (p. 25). Y la lista continúa, y me pregunto si dentro de esta tradición oral se podría hacer caber las oraciones, jaculatorias, letanías, y hasta chascarrillos que desde tiempo inmemorial se han producido en relación con Jesús, de los cuales todos conocemos alguno en nuestra época, y que llegaron a inscribirse ocasionalmente como documentos de cargo en contra de irreverentes y blasfemos procesados por el Santo Oficio en la Nueva España durante la Colonia. ¿O más bien sería esto un subproducto de esa tradición oral que dio lugar, según apunta Dorra, a los evangelios “apócrifos” por oposición a los evangelios “canónicos”?

Afirma Raúl Dorra que “un hecho narrado por los evangelios tiene más posibilidades de ser históricamente verdadero cuanto más independiente sea de la doctrina o incluso cuando más la obstaculice” (p. 33) para afirmar a continuación que “asistimos a una progresiva transformación en la que la doctrina va haciéndose visible en la medida en la que la historia va esfumándose.” (*loc. cit.*) La afirmación, hartamente compleja, echa luz sin embargo sobre dudas en lo personal que he venido albergando. Por ejemplo, si Judas Tadeo, a lo que se sabe primo de Jesús, es mencionado en alguno de los evangelios que establecen la genealogía y parentela del Mesías. Si el santo que pude ver reproducido en una talla medieval de madera en el museo Dahlem, de Berlín, formando parte del árbol genealógico del Mesías, se

inscribe en la doctrina o en la historia. Si el que se representa portando ya un medallón con la imagen de Jesús, ya una regla, ya un hacha tiene que ver con la historia, la doctrina, la hagiografía, o la mera leyenda. Y así igualmente respecto al irreductible poder de san Miguel Arcángel sobre el maligno; la temprana migración del apóstol Santiago a Compostela; la más aventurada visita del incrédulo Tomás apóstol a América (que propusiera atrevidamente fray Servando Teresa de Mier), y otros enigmas que plantean algunos santos de nuestra devoción: ¿historia, doctrina, o mera leyenda?

Intentar la lectura de *Profeta sin honra* es internarse en un laberinto trazado a un tiempo por la emoción y el entendimiento. Cuando, hace unos meses, Raúl me anunció la aparición del libro, le pregunté de inmediato si él era cristiano. Me contestó con una sonrisa escéptica y frases ambiguas que daban a entender un cristianismo de origen, de infancia, de ése que nos sentimos obligados a superar o a disimular cuando nos movemos en ambientes intelectuales. Cristiano o no, el libro revela a un autor profundamente versado en religión, que logra establecer un justo equilibrio en la valoración de lo propiamente judío y de lo nuevo en su momento, lo específicamente cristiano. Un estudioso apasionadamente interesado por el fenómeno “Jesús”, su mundo, sus seguidores y el producto literario —los evangelios— que narran un hecho histórico que, como él señala, poco a poco se fue volviendo doctrina. Emoción del intelecto, si puede formularse así; emoción estética, la de Dorra cuando va recorriendo los textos y se enfrenta a la evidencia de la “arrebataadora palabra del Maestro”; o cuando se refiere a la “impresionante muerte de Jesús”; o cuando considera “palabras de estremecedora grandeza” aquellas que Lucas pone en boca de Jesús; “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (p. 61), o al reparar en la “ternura” de Lucas. Es aquí cuando el erudito se muestra crítico sensible, cuando el texto documentado se carga de una tensión casi poética, la

cual, por lo demás, ha quedado impresa en los títulos sugerentes, metafóricos de algunos de los de los capítulos: “El árbol de raíz desconocida”, en sentido metafórico: el o los evangelios; “La memoria esperanzada”; “El sábado y el hombre”; “En la noche del destino”; “Luminosa sombra, tenebrosa luz” . . . Es quizás esta tensión poética, esta sensibilidad estremecida lo que rescata al libro de la categoría única de trabajo erudito y arduo (que también lo es).

La lectura atenta de los evangelios va a hacer posible el cotejo textual. Entiéndase, no al modo de una edición crítica que fuera comparando los texto línea a línea y estableciendo variantes, cosa que sería imposible por las enormes diferencias de los cuatro textos entre sí. Cosa que sería posible en cambio, con las diferentes versiones de un mismo poema o de una comedia del Siglo de Oro; por ejemplo, con las tres o más versiones de la “Fábula de Eco y Narciso”, una de las cuales se halla en el cancionero *Flores de baria poesía*. El cotejo que Dorra intenta es a un tiempo crítica interna y crítica externa, si por tales entendemos el escrutinio del texto en el sentido y en la palabra, y por otro lado el acercamiento desde el entorno histórico, geográfico, social, etcétera, es decir, el texto y su circunstancia. A partir de verdades como que “se trata de cuatro libros que además de fundar una religión fundaron una cultura de desarrollo creciente y vocación universalista” (p. 39); de que los evangelios son “un árbol de raíz desconocida”, Raúl Dorra “bucea” en cada uno de los evangelios para encontrar perlas. Y digo “bucea” porque la materia es oscura y profunda como un océano. Una de esas perlas, la primera quizás, será la afirmación de que “los nombres de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, antes que a individuos, se refieren en realidad a procesos redaccionales” (p. 35). Esta verdad se apoya en otra anterior, que para Dorra es evidente: la de que “esas obras son . . . el producto de una actividad colectiva a la que se sumó el esfuerzo de un número indeterminado de redactores individuales . . .” (*loc. cit.*). Respecto a la cronología de

los evangelios, punto por demás delicado, afirma que fue hasta el siglo iv cuando los cuatro evangelios se imponen en la práctica de las iglesias, y que sólo entonces el texto quedó definitivamente fijado" (p. 36). Esta afirmación fundamental me dispara a una pregunta que se sale de libro: ¿Fue este texto, fijado en el siglo iv, el que después, en el siglo xvii, tradujeron al castellano los heterodoxos españoles Cipriano Valera y Casiodoro de Reyna, autores de la versión de la Biblia que se maneja en las iglesias protestantes? Por lo demás, señala igualmente que "el romanticismo promovió una espiritualidad que se programó como intérprete del cristianismo en su versión evangélica" y que "nuestra visión de la experiencia religiosa se ha desarrollado sin abandonar los marcos trazados por el romanticismo" (p. 38). Me pregunto si esta deducción es aplicable por igual a catolicismo y protestantismo.

El repaso detenido de cada uno de los evangelios arroja nueva luz en el conocimiento de ellos. Rescatando palabras ajenas (otra vez de Papias, obispo de Frigia), concluye Dorra que "Marcos, intérprete de Pedro redactó de modo puntual, pero sin orden, lo que recordaba de los hechos y las palabras del Señor" (p. 45). Con un entusiasmo de gambusino se recrea en ellas, calificándolas de "preciosas palabras", hallazgo precioso en el contexto de la investigación que le permite concluir que el de Marcos es un relato sin orden, por oposición al de Mateo, "colección de dichos o sentencias —de *logia* . . ." (p. 46). De este modo podemos deducir (espero no equivocarme) que en el primer caso, el del evangelio de Marcos, Pedro vendría a ser la fuente original de carácter oral. Sin embargo las conclusiones no son prontas, fáciles ni totalmente admisibles: Se cuestiona también si podría tratarse no del Marcos apóstol, sino del Juan Marcos que acompañara a Pablo en sus viajes en calidad de amanuense. En este punto, como en muchos otros, es casi imposible llegar a una conclusión tajante, definitiva. Por estos meandros, sobre estos caminos recorridos por los exégetas desde hace casi dos

mil años ha corrido, en términos de Dorra, mucha tinta. Y ante el lector surgen más enigmas: si los problemas de autoría son tales, ¿podemos estar seguros de que las Epístolas (a los Corintios, Gálatas, Colosenses, Tesalonicenses) las haya escrito realmente san Pablo, que a lo que se ve, delegaba en ese Juan Marcos, hijo de María en cuya casa solían reunirse los apóstoles, la tarea de redactar, de dar forma escrita al pensamiento paulino? ¿Es válido seguir atribuyendo con seguridad el Apocalipsis a un Juan Evangelista, y ubicar su redacción en la mítica isla de Pathmos? Resulta evidente que la exégesis bíblica no se agota, entre otras cosas porque la materia, además de oscura y profunda, es resbaladiza e inabarcable.

El evangelio de Mateo, el primer evangelio, "fue el que encontró en las iglesias una más firme aceptación" (p. 50). Se encuentra en él ya una cierta estructura literaria determinada por la alternancia de cinco secciones narrativas con cinco secciones discursivas. Dentro de esta organización se localizan parábolas, controversias, prodigios que en conjunto van de una visión "triumfalista" de la misión de Cristo, a una "áspera confrontación" con enemigos poderosos, lo que de acuerdo con el autor "hace que las palabras del Maestro se tiñan gradualmente de una sombría visión del destino personal y anuncien transformaciones catastróficas en el orden social" (p. 53). Se podría concluir, pienso, que en este sentido el Evangelio de Mateo viene a ser el espejo del mundo y de la decadencia romana. Se advierte que el evangelio plantea, en el fondo, el problema de las relaciones del cristianismo con la Ley y las tradiciones hebreas: ¿vino el cristianismo para cumplir con la Ley . . . o para declararla obsoleta?" (p. 54). Se anuncia el conflicto entre continuidad y ruptura. Me permito añadir que en el siglo xvi este punto seguía siendo objeto de controversia. En la Nueva España, el presbítero Hernán González de Eslava, dramaturgo y poeta de probable origen judío converso, va a ser el autor de unas décimas "heréticas" en las que plantea el virtual conflicto entre

ambas leyes, en términos de preguntas y respuestas. Dichas décimas encontraron aceptación en círculos cultos y llegaron a causar el encarcelamiento de Juan Bautista Corvera, poeta a sus horas, quien fue arrestado por los alguaciles del Santo Oficio cuando recitaba las décimas en una plaza de la ciudad de Guadalajara, al mediar el siglo. Para entonces, el tema había adquirido un matiz de disidencia subversiva intolerable a los ojos de la Inquisición al cuestionarse la validez de la Ley cristiana, aun cuando el planteamiento inicial se encontrara en un evangelio canónico como el de Mateo.

En el evangelio de Lucas se localizaría al primer mecenas de la literatura cristiana, al "excelentísimo Teófilo", un "pagano conveso de buena posición que pagaría el manuscrito o protegería de algún otro modo a la iglesia a la que pertenecía el autor" (p. 56). Se detecta asimismo en éste una voluntad de estilo patente en la "serie de cuadros trabajados con delicada nitidez y ensamblados con una narración en la que el simbolismo se funde con el arte..." (p. 57). Surge aquí una pregunta que el crítico podría, sin duda, responder: ¿son los evangelios obras literarias? Todo pareciera indicar que sí, en lo que respecta al de Lucas, por su profusión de anécdotas moralizantes (parábolas), el gusto por el detalle, el tinte levemente novelesco que da pie a la elaboración de historias como la del Buen Ladrón en los que serán los evangelios apócrifos. En suma, Lucas—médico y hombre posiblemente letrado— pareciera ser el único y verdadero escritor de los cuatro evangelistas, y en su texto, el gran evangelio, por lo menos por lo que respecta a los de Mateo y Marcos.

"Los enigmas del cuarto Evangelio", del apóstol Juan, nos dan una idea de cuán compleja puede volverse la exégesis, porque en este texto muy posterior en el tiempo a los anteriores, se encuentran elementos impensados como la huella del gnosticismo. Es quizás el menos puro, teñido de esoterismo gnóstico. Las raíces de este evangelio podrían ir más allá del contexto meramente judío, hasta una tradición hermética. Raíces heréticas

que muchos siglos más tarde condenaría la Inquisición en España y las colonias. Junto a este contenido sorprendente, el Evangelio de Juan se detiene en datos relativos a posibles rivalidades entre los discípulos de Cristo (Pedro, Judas, el propio Juan). La interpretación se vuelve sutil y sofisticada cuando Dorra sugiere: "Yo, por mi parte, aficionado más bien a leer en los textos sus estrategias literarias, creo que se trata [se refiere a quién pudo haber escrito el Evangelio] de una elaboración simbólica inteligentemente destinada a hacernos creer que el autor del cuarto evangelio es el apóstol Juan" (p. 70). Como Bernal Díaz del Castillo, el cronista de Indias que redacta su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* casi en el umbral de la muerte, Juan, en la vejez, habiendo notado "diversas inexactitudes, sobre todo inexactitudes que perjudicaban su imagen, y para contrarrestarlas, se habría decidido a promover sus propios recuerdos..." (p. 71). Al acercarse a Juan el apóstol, como al escudriñar en los otros evangelios, Dorra lleva a cabo una intensa reconstrucción del pasado, una especie de arqueología racional y erudita apoyada en la conjetura y en la hipótesis.

Si no fuera demasiado alargarme, quisiera referirme al último capítulo, "El cuerpo amado", que analiza la relación entre Jesús y María Magdalena. Esta mujer, que ocupó un lugar relevante en la plástica medieval, renacentista y barroca, pintada por van der Weiden, Lucas Cranach, Grünewald, el mismo "Maestro de la Magdalena", y tantos más; entronizada en altares diversos; bella, solícita, sufriente, representada en la pintura con la esplendente cabellera suelta o recogida en un turbante, y al pomo de esencias en la mano, pronta a ungir el cuerpo amado de Jesús fue, según Dorra, "la que encontró, en el fondo mismo de su desesperación... el recurso que serviría para construir en lo inmediato una fe y luego una teología..." Este recurso fue la visión del Resucitado" (p. 236). Puente entre el Cristo desencarnado que la previene: "no me toques", y los apóstoles ausentes, ciegos y torpes ante el mila-

gro, gana al difundir la resurrección, un papel protagónico en la "Cristiada" original. El excelente estudio del personaje "María Magdala" o "María Magdalena" develando sus rasgos de amor incondicional al Maestro, de solicitud, diligencia y entrega nos lleva a preguntarnos quizás, ingenuamente, si tenemos en cuenta el contexto social, por qué el Maestro no le habrá conferido un apostolado, una misión, trascendente, como al resto de los discípulos. El papel de esta "humilde servidora casi borrada por el llanto" se agota en la visión, en el relato de la visión, en la palabra maravillada: "¡Rabboní", "Maestro mío!", "¡Mi señor!", en haber sido "la iniciadora de la fe en la religión". Símbolo, alegoría del amor que se trasciende; emblema que se despliega en la imagen visual añade la palabra: "¡Rabonní!", ícono rescatado de la virtual misoginia judeocristiana por artistas alemanes y flamencos, el personaje de Magdalena y su admirable reconstrucción es "gran final" que cierra el libro; piedra de toque para el estudio del rol femenino en la iglesia naciente, primitiva.

Cristiano o no, Raúl Dorra nos ofrece un libro que parte de la creencia en un personaje, Jesús, con sus connotaciones históricas, doctrinales, míticas y, me atrevo a decir, divinas.